

FANTASMAS DE MALVINAS

Un libro de viajes

FEDERICO LORENZ

Lorenz, Federico

Fantasmas de Malvinas: un libro de viajes / Federico Lorenz;
prólogo de Darío G. Barrera. - 1a ed. - Rosario: UNR Editora.
Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 2020.

200 p. ; 16 x 21 cm. - (La especie humana ; 2)

ISBN 978-987-702-397-8

1. Crónica de Viajes. 2. Islas Malvinas. 3. Ensayo Histórico. I.
Barrera, Darío G., prolog. II. Título.
CDD 910.4

UNR Editora

Directora Editorial

Nadia Amalevi

Coordinador

Nicolás Manzi

Diseño de portada

Cristina Rosenberg

Maquetación

Joaquina Parma

Corrección

Ezequiel Hazan

Tomás Boasso

Todas las fotos que acompañan al libro son del autor.

UNR editora

Editorial de la Universidad Nacional de Rosario
Urquiza 2050 - (2000) Rosario. Argentina.



Universidad
Nacional
de Rosario



CiN REUN

Red de Editoriales
de las Universidades Nacionales
de la Argentina

FANTASMAS DE MALVINAS

Un libro de viajes

FEDERICO LORENZ



UNR
EDITORIA

*Uno llegaba a tener la sensación de estar embrujado,
lejos de todas las cosas una vez conocidas..., en alguna parte...,
lejos de todo..., tal vez en otra existencia.*

Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*.

Un paisaje invisible condiciona el visible.

Ítalo Calvino, *Las ciudades invisibles*.

ÍNDICE

- 11 •
Pequeña presentación
- 13 •
Prólogo por Darío G. Barrera
- 17 •
Invitación: Volver a Malvinas
- 31 •
Valijas I
- 35 •
Tres tallos de trigo
- 45 •
The Amigos
- 53 •
Espejismos
- 57 •
Yo no sabía nada (Testigos de cargo)
- 63 •
Del Colorado para abajo
- 71 •
Aquí estamos
- 79 •
Campos de batalla

87 ·

Malditos sean

93 ·

El Monte de las Ánimas

101 ·

Enterradores y porteros

107 ·

Cartas marcadas

117 ·

Botín de guerra

121 ·

Tierra Santa

129 ·

Penélope

135 ·

La maldita casa

139 ·

La mirada sostenida

147 ·

Pedro

155 ·

GPS (Obstinaciones)

159 ·

Homenajes a los muertos

169 ·

Hormigas en el Goat Ridge

175 ·

Ellos (El camino de regreso)

179 ·

Valijas II

185 ·

Agradecimientos

187 ·

Referencias

191 ·

Apéndice I: El Museo

205 ·

Apéndice II: Mi Finisterre



PEQUEÑA PRESENTACIÓN

Desde que este libro fue publicado por primera vez, en 2008, algunas cosas cambiaron, y otras no. Han sido identificados, gracias al trabajo del Equipo de Antropología Forense, la mayoría de los soldados enterrados bajo el nombre de “Sólo conocidos por Dios”.

La nación argentina tiene, desde 2014, un museo dedicado a las islas. El Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur fue inaugurado por la entonces presidente Cristina Fernández de Kirchner. Fui su segundo director, entre 2016 y 2018. En ese cargo pude constatar varias cosas: que, por un lado, el “malvinómetro” es el principal problema para que podamos pensar una solución al conflicto y la forma de recuperar las islas. Más aún; creo que la irresolución del conflicto es funcional a todas las partes. Desde mi punto de vista esto no deja de ser ofensivo hacia quienes perdieron la vida o la arriesgaron, precisamente, por ellas. Por el otro, tomar con criterios mercantiles las cuestiones de la cultura y la sensibilidad de las personas es revelador de una gama de situaciones que van desde la insensibilidad a la hipocresía, pasando por la ignorancia.

Pude volver a las islas en 2012 y en 2019. Fueron viajes completamente diferentes al primero, aunque regresaba al mismo lugar. Eran otras islas, o yo las veía de otra manera. Para el caso, es lo mismo. La conclusión es que es imposible pensar Malvinas sin tener en cuenta la dinámica de los procesos históricos y las escalas regionales amplias.

“Malvinas” es una guerra, una marca a fuego en nuestra memoria. Eso es así. Pero las islas son mucho más que el archipiélago usurpado. Seguimos pensando el problema como lo planteó la oligarquía que construyó la Argentina moderna. Deberíamos ser generosos con nosotros mismos y pensarlas de otra manera.

Creemos saber, pero no sabemos. En el mejor de los casos, repetimos de memoria. Eso tampoco ha cambiado.

Es una lástima. Porque al fijar los sentimientos en un canon, los matamos. Anulamos nuestra creatividad y nuestra inteligencia, cortamos los lazos entre los vivos y los muertos, por más que los consagremos en homenajes, feriados y museos.

Acaso las Malvinas sean argentinas, sobre todo, por la pertinaz búsqueda de respuestas y soluciones únicas.

En todo caso, este libro intenta ir en la dirección opuesta. Partir del sentimiento, nutrirlo históricamente, narrar una experiencia, para ofrecer nuevas preguntas.

Ramos Mejía, 2020.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Fantasmas de Malvinas tuvo su primera edición bajo el sello Eterna Cadencia hace una docena de años. Era ese –y es este que hoy publica la UNR Editora– un libro de viajes. En plural.

A pesar de que su título jerarquiza a los fantasmas por encima de los viajes, este prologuista ha salido del libro convencido de que los viajes prevalecen sobre los espectros. Dicho de otra manera, una lectura puede permitirse subordinar los unos a los otros aunque, como se verá en seguida, están muy relacionados.

Ni tan amigables como Casper, ni tan femicidas como el de Canterville, ni tan chantajistas como el de la Ópera, los fantasmas que acompañan al viajero nos resultan familiares tanto como inquietantes¹. Pero en buena medida esto es así porque la naturaleza de los recorridos también admite esas características.

Los viajes de este libro recorren kilómetros y años o, si se prefiere para no cerrarle las puertas ni a las millas ni a los siglos, son travesías por distancias y tiempos. Lorenz emprende estos viajes sin tomarse muy en serio las diferencias entre materia y energía, y además, los transita en varias pieles: la de hermano, la de argentino, la de antropólogo, la de lector, la de historiador, la del tábano, la del tipo que sabe apreciar un cinismo tanto como un chiste, y la del hombre que se *con-mueve* con lo que le pasa al otro y le permite a uno, como lector, participar de ese movimiento. Lo notable es que Lorenz viaja con todas las pieles a la vez. No las cambia ni las intercambia. Ni las mezquina. Las lleva. Incluso para esta edición acaba de agregarse una, la de exdirector del Museo Malvinas.

¹ Precisamente por esto quizás Freud se hubiera permitido adjetivarlos como siniestros, palabra que evito porque para nosotros, que no somos psicoanalistas ni estamos escribiendo sobre psicoanálisis, tiene una connotación negativa.

Aunque con Malvinas siempre todo está mezclado –las Islas son un territorio mestizo en más de un sentido– de esos viajes interiores algunos son completamente privados y otros, podríamos decir, están más atravesados por aquello que puede ser objeto de un debate público. El libro puede ser leído perfectamente por alguien que no tiene otro interés que el literario, pero debe ser leído por cualquiera que tenga interés en las Islas más allá de un disfrute estético: desde el veterano y sus familiares hasta el funcionario, desde el historiador hasta el documentalista, desde el nacionalista doctrinario hasta el cipayo más acérrimo, desde el antropólogo hasta el diplomático de carrera. Deliberadamente escritos en clave de experiencia personal –y, a causa de todas esas pieles, indefectiblemente impregnados por las formaciones y capacidades profesionales del que empuña la pluma– estos textos agitan banderas extrañas: no son los trapos del *barra* futbolero en la seguridad que da el colectivo de la hinchada, sino pabellones que ondean pidiendo más complejidad a la hora de construir argumentos, ventilar ritos, ampliar agendas. No es fácil. Ni como figura retórica es fácil.

“Escuchar, en política, en Historia, debería significar, antes que nada, eso” –escribe–. Y lo escribe sabiendo que esto es complicado. Pero de incomodidades se nutren las innovaciones –algo de esto sabemos los que transitamos entre la historia y el derecho– y gran parte del proceso es cuestión de tiempo, de honestidad, de persistencia y, sobre todo, de trabajo de *campo*. Del campo de los antropólogos que describe Rosana Guber, del *campo social* que pensaba Pierre Bourdieu, sí, pero también de ese campo de batalla seguramente menos trágico que la Pradera del Ganso pero del cual tampoco debemos retirarnos sin haber disparado una palabra: del campo político, donde hacemos nuestras armas muchas veces subidos al caballo equivocado.

Este libro es una muñeca rusa de relatos y fantasmas, donde el escritor también se deja ver como un lector curioso y heterodoxo. Su escritura funciona como un tejido a varias agujas, alimentadas por ovillos de lanas bien distintas: las ovejas de las que vienen esas lanas, tan presentes en Malvinas como en *Blade Runner*, pueden ser animales oníricos,

literarios o reales. Pueden morir para matar el hambre pero también pueden cagar desinteresadamente un camposanto, fertilizando metáforas sobre el desinterés por nuestros muertos. De algunos libros, como de ciertos cementerios, uno no sale igual que como entró.

Para quienes ya teníamos la primera edición de *Fantasmas...* hay algunos motivos para comprar esta otra, la segunda: su autor escribió dos relatos nuevos (“El museo”, fruto de su experiencia al frente del Museo Malvinas, donde cuenta en una descarnada primera persona una respuesta posible a la pregunta “¿puede un científico hacer política?” y “Mi Finisterre”) e incorporó catorce fotos que lejos de ser meramente decorativas, incluyen metarrelatos donde no falta ni la experiencia del viaje ni un fraterno guiño a los fantasmas.

Finalmente, esta segunda edición contiene, si se me permite la certeza inconsulta, más fantasmas y más viajes que la primera. No porque el autor haya ido a las Islas otras dos veces, sino porque la flecha del tiempo ha dado varios tumbos y porque la historia tiene sus vueltas, que son curiosas. El contexto político nacional ha cambiado respecto de 2008 (año de la primera edición del libro) pero mucho más respecto de 2015-2019. Hoy se plantea nuevamente que Malvinas debe ser una política de Estado². Por esto mismo las dudas acerca de cómo será esta etapa de la discusión en el debate público –o los fantasmas que Lorenz legítimamente puede agitar acerca de cómo será, en esta ocasión, la escucha– están vivos y saludables.

Por todos estos motivos –y porque el autor muchas veces busca deliberadamente navegar a contracorriente o hacer maniobras a contraviento– este libro promete al lector menos salir con un par de respuestas

2 Y lo escribo así no porque crea que le falta voluntad al gobierno del Dr. Alberto Fernández, todo lo contrario. Lo formulo de esta manera porque si durante los gobiernos kirchneristas Malvinas fue una política de estado, el gobierno de Mauricio Macri la borró de la escena de un plumazo. Esto nos obliga a pensar que si las “políticas de estado” pueden ser omitidas por un gobierno, son políticas de gobierno postuladas como políticas de estado, pero que al final dependen de la voluntad de un gobierno. Algunos dirán que los consensos amplios juegan un rol más importante del que estamos dispuestos a pensar; otros pensarán, también con parte de razón, que en esos barquinazos se hacen visibles rasgos de inmadurez política de nuestra sociedad.

que con una docena de buenas preguntas. Pero siempre, siempre, más cerca de las Islas. Porque no por estar en las antípodas de los japoneses –para quienes, citando a Lorenz, “todo lo que está lejos queda cerca...”– nos vamos a empeñar en que todo lo que tenemos cerca nos termine quedando lejos.

Darío G. Barrera

Rosario, julio de 2020

Investigador Principal de CONICET en el ISHIR
Director del Programa Malvinas y Atlántico Sur,
Facultad de Humanidades y Artes de la UNR

INVITACIÓN: VOLVER A MALVINAS

¿Se puede volver a un lugar en el que nunca se estuvo? ¿Es posible caminar nuevamente por senderos que jamás conocieron nuestros pies, pero que nuestros oídos, nuestros ojos, nuestros sueños transitaron muchas veces? La Historia ha hecho que muchos de nosotros hayamos estado en las islas Malvinas sin haber siquiera llegado al archipiélago, hasta que un azar, un plan, o un deseo realizado, nos llevan un sábado al mediodía a aterrizar en Mount Pleasant, a *sentir* cómo nos sellan el pasaporte, precio mínimo a pagar para que las ráfagas de un viento prohibido nos azoten la cara como en nuestra propia casa.

Eso es lo que yo hice, y sobre esa experiencia es este libro. En marzo de 2007, un documental radial para la BBC me dio la posibilidad de viajar a las islas: debía registrar las experiencias de un historiador en su visita al archipiélago. Para hacerlo dialogué con isleños, acompañé a ex soldados mientras visitaban sus antiguas posiciones y contemplé los cielos de las islas que cambian minuto a minuto, sólo para agregar un poco más de misterio a un lugar plagado de ellos.

Los textos que van a leer no siguen un estricto orden cronológico, ni siquiera temático: son un viaje dentro del viaje. Son las imágenes que despertaron en mi memoria mis recorridos por las islas. Algunos los escribí mientras estaba allá; otros a mi regreso. La mayoría, como problema, estaban allí mucho antes de que la posibilidad de viajar a las islas existiera.

Hace sólo minutos que pisé Malvinas. Mientras vamos rumbo a Puerto Stanley en la camioneta que nos traslada, me pregunto si es exacto decir que nunca había estado aquí. ¿De verdad es la primera vez que me encuentro con esos cerros? ¿Por qué brotan sus nombres de mi boca: *Harriet, Two Sisters, Sapper Hill...*? Los historiadores, casi por definición, visitamos lugares que no conocemos: somos exploradores de lo que ya no es, constructores de mapas que llevan, muchas veces, a las ruinas de ciudades amadas, a los vestigios de una lucha, a la tumba de seres queridos. Pero sería un error pensar que viajamos hacia cosas muertas, que sólo nos espera el frío del más allá al final del viaje. Nuestras preguntas, traducidas en deseos y acciones, encuentran respuestas y ecos allí donde sólo debería habitar lo pretérito e inerte.

Malvinas es la encrucijada para convocar a las ánimas, la tumba nunca cerrada del todo de un fantasma inquieto. Nuestras preguntas, que son nuestro viaje, no hacen más que acudir a la llamada de una historia que no termina de irse. Viajar a las islas, entonces, significa desandar los pasos de nuestra propia historia: como en un *flashback*, aún quien viaje por primera vez a las Malvinas, estará volviendo.

Acaso, conjeturo mientras reviso mis notas, escucho mis cintas, veo mis fotos, nunca nos hayamos ido del todo de allí.

Y entonces, nosotros también tenemos algo de fantasmas.

Cuando le conté a mi hijo que viajaba a Malvinas, se le llenaron los ojos de lágrimas porque pensó que me iba a la guerra. Me costó convencerlo de que ese viaje, en 2007, era notablemente más seguro para los argentinos que hacía veintiséis años. Sucede que hay una experiencia acumulada en relación con las islas que remite directamente a la muerte: quién sabe por cuánto tiempo, probablemente la mayor relación que tendremos con las islas estará asociada a la derrota de 1982, y a las vidas truncas de cientos de jóvenes.

Malvinas remite a los suicidios y a la dictadura militar, tanto como a las banderas en los balcones, las encomiendas y el heroísmo aislado

en los pozos de zorro. El nombre evoca el anti imperialismo, el despojo, viejas imágenes de gauchos resistentes, de conciliábulos nacionalistas a mediados del siglo XX y, también, de sentimientos y causas aprendidos en las escuelas. Sea lo que sea, lo más probable es que al hablar de Malvinas en lo que menos pensemos es en los cerros, en sus costas, en su economía, sus pingüineras o sus habitantes.

Malvinas es la guerra. En lugares del país muy distintos a Buenos Aires, los días de la batalla son tan pero tan cercanos que aún se guardan en los oídos ruidos de sirenas, oscuridades de apagones y dolores de escuadrillas que no retornaron. Los ramales ferroviarios cerrados en los noventa también vaciaron para siempre las estaciones de donde muchos jóvenes partieron y a las que algunos jamás regresaron.

Malvinas, durante mucho tiempo, será la guerra, aunque esta ya haya terminado. Viajar al archipiélago, entonces, es también volver a aquellas luchas, aquellas angustias y decisiones vividas en pozos, en cuchetas y en cabinas. A las ausencias irremediables transmitidas por una lista desde una radio.

De regreso de las islas, las sensaciones son profundas, mas no confusas. He pisado la tierra y acariciado las heridas de las rocas. El viento, bramando entre las cruces, me trajo las voces de los idos y de los silenciados. El frío del verano en el que estuve no es distinto al de Bahía Lapataia un día nublado en la misma época.

Pero pisar Malvinas es, sobre todo, pisar y volver tangible aquello que muchos dicen que es “imaginario”: es recorrer una idea de Nación deshecha entre las piedras, enterrada entre la turba o ahogada en el Atlántico. Es ver el lugar donde fracasó una forma de concebir y valorar la vida de nuestros compatriotas –la vida humana en general– y de reconocer a los jóvenes cuando se los entroniza como hacedores de la Historia, para ver qué sucede con ellos cuando ese instante pasa. Es el escenario ideal para ver la eficacia de la escuela pública, porque qué duda cabe que los muertos y los vivos de Malvinas construyeron allí su

pertenencia nacional y social, tanto como las nociones de deber que los llevaron a arriesgar y en muchos casos perder sus vidas. Pero esto es mucho más fácil de decir que de hacer.

Algunos sólo pueden imaginar la nación con “N”. En ese humor, Argentina, o el país que sea, es un espacio físico y cultural *esencial*. Habría entonces una cantidad de elementos inmodificables que nos definen como nación, entre ellos el territorio, pero también la Historia, *una música, algunas costumbres*, por ejemplo.

Otra forma de entender a la nación es presentarla como una construcción: desde el Estado u otros actores se impulsan “ficciones orientadoras” que crean identidades colectivas que orientan los comportamientos de los individuos. Esta interpretación, en gran medida, surgió como reacción a la primera, puesto que la visión esencialista de la nación produjo, entre otras cosas, muchos de los episodios más violentos de nuestra historia. Esas ficciones son poderosas: todavía hoy sostienen a una maestra que iza una bandera en lugares donde uno ni siquiera iría de paseo.

Entre una visión y otra, entre Escila y Caribdis, entre la esencia y lo relativo de cualquier comunidad imaginada, navegan los viajeros: las mujeres y los hombres que viven y mueren y forman una comunidad. Viven una relación con ese imaginario, con el lugar que habitan, con la historia de ese lugar, que consideran más o menos justa, pero propia.

Desde ese lugar de la experiencia es que hice mi viaje a Malvinas. Desde la pregunta acerca de lo que une a las personas, en qué episodios o lugares se encarna. Hice mi viaje a las islas con la concepción de que una nación es una historia que se vive, y es ese vivir lo que orienta las formas en las que habitamos un lugar y nos relacionamos con los otros. Una nación es parte de un proceso que a lo largo del tiempo ha ido acumulando algunos elementos y valores distintivos que nos identifican de otros colectivos, sin que esto debiera implicar valoración alguna, sino reconocimiento de la diferencia.